

## La mamá de Felipe

Víctor Negrete Barrera



Foto BBC Mundo/EPA

Felipe es un joven de 18 años, el tercero entre cuatro hermanos. Desde muy niño sobresalió en la escuela por su inteligencia y su capacidad para crear situaciones falsas que le permitieron volver a casa, puesto que no le gustaba estudiar. En cambio quería trabajar y ganar dinero para comprarle una casa a su mamá. Tanto lo quería que a la escasa edad de tres años desapareció de su casa todo un día porque había ido a otro barrio con un amiguito a vender calabazas para ganarse diez pesos.

Su niñez transcurrió en un ambiente familiar sano pero con un vacío muy grande, perdió a su padre

cuando apenas tenía cinco años. Su madre se dedicó a trabajar para educar y formar a sus hijos con el doble papel de madre y padre, inculcándole valores que han servido de guías a la sociedad.

“El papel de padre y madre a la vez no es fácil... he tratado de equilibrarlo. Cuando a los niños les toca vivir experiencias desagradables, cuando a su corta edad no pueden entender ni comprender las cosas, se les convierte en traumas que tarde o temprano afloran.

Felipe cuando cumplió ocho años ya lo tenía en tratamiento psicológico porque presentaba un comportamiento apático e introvertido algunas veces y otras demasiado extrovertido, decía que le gustaba más la calle que la casa.

Su vida como estudiante de secundaria fue inestable: no estudiaba, su resultado desmejoraba cada mes, no iba al colegio y si a bañarse en el río Sinú con otros amigos. Yo ignoraba tales sucesos, me enteraba porque me mandaban a preguntar cómo seguía de salud Felipe porque había faltado dos semanas seguidas y lo peor era que lo veía haciendo tareas, le daba para transporte y recreo, pagar trabajos y comprar materiales, además le compraba uniformes y útiles escolares.

Lo cambié de colegio creyendo mejorar las cosas pero fue peor. Estudió con deficiencia los grados diez y once, salía para otras partes en compañía de amigos a hacer cosas que no encajaban con la cotidianidad ni su edad. Empezó a salir todas las noches y a llegar tarde, después amanecía en la calle.

Viendo todo este comportamiento decidí enviarlo a Bogotá con el hermano mayor a estudiar. Allá fue peor, inició el grado once, no lo terminó, no pagaba pensiones, no hacía trabajos, fumaba demasiado, comía poco, dormía mucho, en fin, empezó a vender cosas del hermano, discutían mucho, hasta que un día se vino y dejó todo tirado.

Nuevamente en Montería lo convencí que validara los dos últimos años, inició pero no terminó; todo este tiempo su comportamiento fue cambiando, se fue formando agresivo, altanero y empezó el caos. Alguien me comentó que Felipe tenía unos amigos en el barrio que eran expendedores de marihuana...monté guardia. Enseguida empezaron mis trasnochos, escuchaba a media noche unas piedrecitas en el techo, salía y no veía nada. Eran los amigos buscándolo para hacer quién sabe qué cosas y al final se lo llevaban.

Así pasó mucho tiempo, él tenía las llaves de la casa, lo que le permitía entrar y salir cuando quisiera. Observaba que su cuarto era un caos, empecé a hurgar entre sus cosas y no encontraba nada comprometedor. Una mañana mientras realizábamos labores de aseo, entré a su cuarto y detrás de mi entró Laky, la perra que tenemos. Esta empezó a olfatear y a rasgar como loca y yo apurada con el animal hasta que por fin sacó de entre las tablas y los largueros de la cama una bolsa con marihuana. La perra la despedazó, ladró, me miró y salió del cuarto. Para mí fue algo que no puedo describir, partió nuestra historia en dos.



Enfrenté la situación enseguida, me confesó que desde hacía diez meses la consumía estando en Bogotá. Mi actitud fue serena y tolerante, por fortuna tengo un trabajo que me permite relacionarme con mucha gente y he tratado jóvenes con diferentes problemas. Esto me facilitó las cosas, pude explicarle todo lo que implica el problema y las repercusiones y efectos en la salud, lo personal, la familia y la sociedad. Esos días se obsesionó por el cigarrillo y el alcohol, pasaba mucho tiempo por fuera, los amigos lo buscaban para regalarle la hierba y al negarse empezaron a amenazar y a condicionarlo. No aguantó la presión y sin yo saberlo regresó al consumo de la droga con más intensidad.

Empezaron los problemas a nivel familiar, su comportamiento fue agresivo, prevenido, altanero y otras actitudes que fueron rompiendo la relación familiar. Pasaron tres meses y empezó a perderse el dinero y materiales de la casa. Era él que los malvendía para sufragar el costo de la marihuana. Busqué ayuda con un psicólogo, la sesión fue normal, sirvió durante ocho días, luego volvió a lo mismo y con más fuerza, consumía marihuana, bazuco y quién sabe qué más. Se descaró, lo hacía en pleno día, en cualquier parte, hasta en la casa.

Nunca quiso admitir que su problema era una enfermedad que requería de la atención de un especialista por lo que no le importaban nada mis esfuerzos y preocupaciones. Mantuvimos la situación, conocida apenas por los hermanos y algunos tíos, los más comprensivos, aunque algunos decían que lo dejara, que él había elegido su suerte. Pero una madre jamás deja a un hijo en manos de la droga. Busqué alternativas de terapia ocupacional, le monté un negocio que le permitía estar ocupado y generar ingresos pero fue peor. El dinero lo gastaba en el vicio y los que frecuentaban eran sus amigos, hacían diabluras, hasta el punto que le mandaron a desocupar el local en tres partes distintas.

Desde hace dos meses su aspecto físico ha desmejorado, está delgado, amarillo, cadavérico, porque consume más. Se enojó con todos en la casa, se fue por tres días, lo encontraban en cualquier esquina y la gente que me tiene cierta consideración me avisaba dónde y cómo estaba, lo encontraban en condiciones lamentables, hechos estos que me producían un dolor muy grande... los amigos que lo estimaban lo habían apartado.

Era invivible la situación, no pude más y les di parte a las autoridades porque pienso que este tipo de cosas no pueden pasar inadvertidas. Angustiada frente el riesgo tan grande en que estaba y el miedo a que le hicieran algo peor, tomé la decisión de proponer internarlo en una clínica de reposo, se opuso furiosamente, me dijo que donde lo metiera se volaría, gastara lo que quisiera no lo iba a detener, que eso le gustaba mucho, porque era el único momento en que veía su vida realizada, sin control de nadie, sin límites y sus sueños logrados.



*Foto María Clavijo*

Después de tocar tantas puertas logré con mucha comprensión y austeridad plantearle un cambio de vivienda a otro departamento, de cambiar todo un ritmo de vida, de ofrecerle mi vida a cambio de un poco de la de él, nunca lo hice sentir culpable porque esta es una causa que los hace más vulnerables frente al problema. Fue una sesión larga en la que le ilustré la situación con más crudeza y al final comprendió las cosas, lloramos juntos y nos abrazamos y aceptó... lo hizo motivado más que todo por el amor que le inspiró una linda y comprensiva niña que lo había aceptado como su novio y la insistencia mía durante un mes.

Hoy, con el dolor en el alma y sin saber que vendrá, está en Medellín en una clínica de reposo. Confío en Dios y la vida que me ayuden a recuperar a mi hijo para que siga estudiando y sea un hombre de bien”.